

Comunicado del decano de Artes - Violencias en el campus Bogotá

Ingresando al campus Bogotá por la calle 45, hacia el costado derecho la primera facultad que se encuentra es la de Artes. El su ala sur, el edificio Sindu sólo tiene un piso y en su tejado se observa una serie de pequeñas formas claras, como remiendos y, en efecto, eso son: remiendos de agujeros producidos por piedras y bombas lacrimógenas, restos de acciones desmedidas y respuestas desmedidas de actores provistos de armas formales e informales con diversos grados de letalidad, pero con indudable capacidad de producir daño. Señal de que este sector regularmente se transforma en campo de batalla.

En ocasiones, como el pasado 24 de febrero, pareciera que el grado de violencia se incrementa ante la exasperación y el temor de una comunidad estructuralmente pacífica, como lo es la comunidad pedagógica. El hecho de que hayamos naturalizado esas violencias no nos puede ocultar el hecho de que los estamentos educativos, que luchamos contra la barbarie en vez de recurrir a ella para luchar, quedamos en un estado muy parecido al de las misiones médicas en zonas de conflicto: tratando de ejercer un oficio del cuidado en medio del fuego cruzado.

Como decano, me digo que no dediqué tantos años al estudio de la pedagogía y los problemas políticos de la educación, tratando de mejorarme a mí mismo en la búsqueda de merecer el honroso título de profesor y maestro, para terminar suspendiendo clases, desalojando edificios y ordenando a profesores y estudiantes que dejen su trabajo para evitar un mal mayor. Guardando proporciones, me parece que la naturaleza del fenómeno es la misma que viven las comunidades desplazadas por la violencia armada. Cada uno de estos micro desplazamientos produce un daño; pequeño, pero acumulable; discreto, pero incalculable.

Uno de sus efectos, como una suerte de sedimento, es una pasividad que hace que la comunidad se haya habituado al maltrato que se extiende desde los fenómenos globales como las políticas en contra de los derechos humanos, que hicieron que la Universidad Nacional tenga que haber sido reconocida como víctima del conflicto armado, hasta la normalización de un régimen autoritario en las dos décadas pasadas que ocultaba y oculta su ingente carga de violencia simbólica contra la comunidad detrás de un discurso demagógico que pretende, entre otras cosas, culpar a las actuales administraciones del estado de deterioro, no solamente del espacio físico; también, y sobre todo, de las nociones de comunidad, deterioro cultivado durante años por él mismo.

En este sentido, expreso mi total apoyo a las gestiones que la Vicerrectoría de Sede adelanta bajo la denominación *Caminos del cuidado*, única vía que a mi juicio aborda el problema de las violencias en forma integral y respetuosa.

La Universidad Nacional de Colombia es reconocida por su contribución permanente al pensamiento crítico, del cual lo más significativo es una larga tradición de reflexión, análisis y acción política construida con el pensamiento y el sentimiento de una acción no violenta. La institución educativa es pacífica y sus violencias, que ocurren, deben ser eliminadas. Nuestros instrumentos son el estudio, la búsqueda sensible y rigurosa, la crítica y la autocrítica; hemos respetado a los revolucionarios honrados y consecuentes que han tratado de transformar la sociedad, que no son necesariamente los que convierten los campus en campos de guerra, espacios de violencia indiscriminada entre actores ajenos a la cotidianidad de las comunidades.

Por eso, deberíamos seguir la vía trazada por las *Comunidades de Paz* que, desde el Carare o San José de Apartadó, han mostrado una vía de resistencia y de construcción social y reconstruir colectivamente nuestra comunidad universitaria. La respuesta no puede ser pretender oponer a la fuerza más de la misma fuerza; no se trata de gritar más duro o de enfrentar temerariamente a personas inermes con actores entrenados para el conflicto.

En medio del caos político que se vive en todo el mundo, en donde los poderes más retardatarios vuelven a tomar un gran impulso destructivo, debemos entendernos como parte de una Misión Pedagógica que contribuye a rescatar el respeto por la vida, la libertad del pensamiento y solidaridad en la acción; nada distinto hemos intentado hacer durante los casi dos siglos de nuestra institución universitaria.

En el Conservatorio de Música estudian niñas y niños y en los pregrados abundan estudiantes que son todavía menores de edad; un buen número de docentes de todas nuestras unidades pasamos de los sesenta años de edad; probablemente más de la mitad de nuestra comunidad está compuesta por mujeres (hay que decirlo, porque es de toda evidencia que la gran mayoría de actores de la violencia armada son hombres). No venimos a la Universidad a cultivar violencia, sino a estudiar, enseñar, trabajar, colaborar, acompañar y, sobre todo, a cuidar.

No incendiamos nada, pero hemos mantenido viva la llamita del pensamiento crítico en los tiempos más oscuros. Nuestras tradiciones no están manchadas de sangre, no explotamos a nadie, luchamos contra el engaño, sabemos que todo dogma es relativo.

¿Qué piden las comunidades campesinas? Poder sembrar sus tierras en paz. ¿Qué piden las comunidades pescadoras? Poder pescar en paz. No somos diferentes. Lo que queremos es poder estudiar en paz, poder pensar en paz, poder imaginar en paz; no para eludir las problemáticas sociales, sino, justamente, para contribuir a su solución: Para transformar el mundo, para la justicia y la decencia; para superar la ignorancia de la que se nutre la pobreza.

Erradamente, muchas personas piensan que la Universidad necesita más intervenciones de fuerza, más control y más represión. En verdad, lo que hace falta es fortalecer más el ámbito universitario para que no sea presa fácil de espejismos y de falsas noticias, robusteciendo su comunidad, lo que exige de todas las personas un movimiento de la conciencia que nos proponga otra relación no simplemente utilitaria o instrumental con el campus, el conocimiento y la cultura.

Debemos aprender de la corriente de aire que viene de los territorios a recuperar el sentimiento de lo sagrado que debe animar nuestras relaciones con los saberes, los espacios, los cuerpos y las subjetividades; para tener comunidades sanas capaces de entender la necesidad y la urgencia del cambio y la lucidez para comprender cuál debe ser su verdadera ruta.

Miguel Huertas Sánchez

Artista profesor